

Raúl Silva Castro

La poesía de Genaro Estrada

HACE poco asumió el mando de la República Mexicana el señor Porles Gil. Entre sus Ministros figura don Genaro Estrada. El señor Estrada ha entrado a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores. Su nombre no es desconocido en la literatura americana. Genaro Estrada, en efecto, es poeta. Precisamente por estos mismos días ha llegado a Chile un libro suyo, titulado *Crucero*. Es un libro de poemas. En él se alinean unas pocas producciones de valor indiscutible.

La carrera administrativa del señor Estrada no es corta. El *Índice de escritores* que han publicado recientemente en México doña Esperanza Velázquez Bringas y don Rafael Heliodoro Valle nos proporciona informaciones sobre ella. Estrada—vemos allí—cuenta cuarenta y un años y ha sido periodista, profesor y comerciante antes que funcionario. Desde 1921 frecuenta los negocios exteriores de su patria. Del Ministerio respectivo ha sido Sub-secretario antes de pasar a Ministro. Su labor literaria cuenta varias etapas. Sus *Poetas nuevos de México* (1916) y sus otros libros señalan desde luego sus predilecciones. La poesía en primer término; en segundo, la erudición... Su labor al frente del Archivo Histórico Diplomático Mexicano está realizada en cerca de treinta volúmenes, ya puramente documentales, ya históricos, ya polémicos. Sus *Monografías Bibliográficas Mexicanas*, en fin, son un buen aporte para el conocimiento de los tesoros literarios de México. No se detienen allí tampoco, pues entre sus títulos figuran el petróleo y diversas regiones

dignas de estudio por su importancia en el desarrollo del país. En suma, nos hallamos frente a una colección muy amplia y realizada con buen método. Y a través de ella sabemos que Estrada es un trabajador entusiasta.

Y frente a un curioso de muchas cosas literarias, podría decirnos Paul Morand. En efecto, el autor de *Lewis et Irène* visitó a Estrada en su despacho de Subsecretario de Relaciones y comprobó que las más nuevas ediciones francesas de libros raros, y de los escritores más exquisitos precisamente, se aposentaban junto a los expedientes y portafolios del trabajo oficial. Morand se encontró con un funcionario inteligente y alerta, que podía seguir de cerca su conversación y entender en ella los matices personales y las alusiones literarias. Sorprendido, el escritor francés contó el hecho en una de sus páginas inimitables.

Pero por cuantioso que sea el bagaje de la actividad erudita de Estrada, hoy nos interesará en él sólo la poesía. Su volumen *Crucero* incita a la lectura. Su esmerada presentación, su buen papel, los bellos grabados de Maroto, atraen. Estrada no es un poeta fácil. Hace poco señalaba Ortega y Gasset en una de sus conferencias de Santiago cuál era el verdadero sentido de la selección. «Los selectos—decía—son los que se exigen mucho.» ¿Nada más? Sí: los selectos son también los capaces de mucho. De muy alta calidad estética, si su obra es artística; de intenso ritmo vital, si su camino es de acción. Pues bien, Estrada ocupa un sitio entre los selectos porque se exige mucho y realiza no menos.

En la crítica literaria española, que está por hacer, hay particularmente un tema inviolado. Es el trabajo de señalar la línea de continuidad que presenta, por lo menos en la poesía, el amaneramiento. Que no provoque esta palabra gestos pudibundos. El amaneramiento es un especial matiz de la sensibilidad literaria de España. No podría renunciar a él sin negarse a sí misma. Hay en la poesía española una voluntad flagrante de amaneramiento. La vemos tan clara en Juan de Mena como en Góngora. (La frivolidad literaria quiere olvidar a Juan de Mena,

pero llegará sazón en que tras siete días de enérgicos trompezos se cuarteen los muros en que se alberga la Jericó de su poesía.) El amaneramiento sufre en España súbitas inmersiones bajo la superficie. Por momentos más o menos dilatados el genio español siente vergüenza de entregarse a su más caro deporte y pretende escribir como todo el mundo. Y «todo el mundo» entonces escribe como Francia.

El amaneramiento, sin embargo, vence y vuela a cobijarse en la selva tropical. Ya no es un español el que recuerda a España que el destino de su poesía nació bajo el signo del amaneramiento. Es un americano, y un americano que se jacta de tener algo de indio. Es Rubén Darío.

Con Rubén Darío un nuevo amaneramiento (¿el mismo?) nace. ¿Es necesario describirlo? Lo hemos recitado de coro durante quince, veinte, treinta años. Tanto lo hemos recitado, que lo vamos ya olvidando. Es injusto. El poeta que dijo:

El olímpico cisne de nieve,
con el ágata rosa del pico,
lustra el ala eucarística y leve
qua abre al sol como un casto abanico.

no puede ser olvidado en la topografía del amaneramiento español. Posiblemente atravesemos hoy un período en que el amaneramiento nos avergüenza. Ya vendrá, ya vendrá el desquite en un futuro triunfo de nuevos barroquismos.

¿No anuncian este triunfo algunos de los versos que escriben poetas de novísima estampa? Desde hace pocos años se habla, no sólo ni preferentemente en España (preciso es confesarlo), de los dones de la dificultad. El arte pierde paletismo, sin duda, pero gana obstáculos. ¿Quién improvisa hoy? El poeta es un hombre a quien se le dan los materiales más heterogéneos: palabras sonoras e imágenes más o menos precisas, impresiones y sensaciones de la realidad externa e interna..., y de quien se pide un producto de rara homogeneidad. ¿Ha oído hablar el lector de Paul Valéry y de su frase de cristal de roca? Pues

bien, la poesía de hoy tiende a la frase de cristal de roca. Y esto no es fácil.

Ahora, leer a Estrada no es tampoco fácil. Hay visible en él una voluntad de amaneramiento. Nace acaso con él una nueva retórica, de que hay indicios en muchos de sus contemporáneos. Una retórica en la cual, como en la de Góngora, las imágenes se encadenan unas a otras. Existe en su estilo, pues, el afán, tan sincero en todo estilo de verdadero poeta, de evitar la presencia cruda de las realidades. En *Mañana doméstica* el buen hallazgo nos detiene:

Ha llegado a la casa
la aburrida visita del sol.
Ahora, como hay lluvia,
trae su gabardina gris
y se está limpiando los zapatos
en el tapete velludo de los cerros.
.....

El ruido de los botes de la leche
renueva églogas entre la ciudad.
.....

Los automóviles en untuoso tránsito
sellan con su geometría la calzada
y turban a los Ulises sin blanca
con el canto ronco de sus sirenas.
.....

Han dado ya las ocho
y el pasto en los jardines se rasura
entre el frescor de la manguera
y la Gillette con ruedas y mancera.
.....

La aplanadora el pavimento aplana.
Oficialmente empieza la mañana.

Aquí vemos al poeta en un primer momento de su estilo. Junto a la sensación directa nos da el producto de su imaginación: la metáfora. Las que el lector ha repasado son de variada condición pero están igualadas por innegable acierto. Acaso las reduzca la mezcla de la expresión metafórica a la directa. Así vemos, por ejemplo, cómo el poeta, al parecer arrepentido

de haber nombrado por su propio nombre al pasto, lo haga enseguida rasurarse «entre el frescor de la manguera—y la Gillette con ruedas y mancera». La sensación de esta poesía no es todavía la que nos dará luego el autor en *Lamento*. Conózcala íntegramente el lector:

Gota que no cae la estrella
que quieren sorber mis ojos
tan mojados de su luz:
esperanza dilatada,
tan cerca de mi cabeza,
donde no alcanza la mano
que le alarga la romanza.
¡Ay, y cómo te alcanzara,
sortija de mi esperanza,
gota que no caes, brillante
vidrio que te estás tan alto!

El poeta se mueve aquí en plena alquimia metafórica y con la delicada sustancia de esa forma hace esta singular poesía. Hay unas palabras extraordinarias de Valéry, a quien siempre habrá que citar cuando se hable de esta ralea de poesía. Para Valéry debe ser el verso «una vacilación extrañamente prolongada entre el sonido y el sentido» *. Para Estrada, en *Lamento* y en otros poemas, también.

En suma, nos hallamos ante una poesía de alta presión intelectual. Una poesía poco o nada afectiva, casi nada sentimental. Una poesía de dominio difícil pero de exquisito dominio. Quisiera transcribir aquí esos poemas que se llaman *De prisa* («Apresuradamente» —te diré mi cuita;—apresuradamente:—no tengo tiempo»), *Vigilia* y *Velada*, de tan alta calidad estética, para que el lector goce de deslumbramiento parejo al que he experimentado yo. No es posible. Debo dejar espacio para comentar, siquiera de paso, el poema *Crucero* que da título al volumen. Nunca más acertadamente que en este caso la memoria evoca el nombre de Góngora. La frase gongorina, torcida

* Según Henri Hoppenot en su estudio *Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry*, publicado en el núm. 10 del 1 año de ATENEA (Diciembre de 1924).

en violentas inversiones, hecha a la vez de majestad latina y gracia andaluza, tan difícil de penetrar al primer intento, tiene como norte escapar a la usual nominación de las cosas. ¿Cuántas expresiones de insustituible vigor nacieron de esta angustiosa persecución de lo inaudito? En esa faena Góngora conquistó fama de vacío y de ininteligible. Léanse hoy, en cambio, las páginas que a las *Soledades* ha dedicado Dámaso Alonso.

No: la oscuridad de las *Soledades* es una idea que sólo ha podido abrirse paso dentro del estrecho y sórdido ámbito de rutina en que da vueltas a la noria la crítica literaria oficial de España. Esta crítica ha sido tan desgraciada que ha ido a elegir el calificativo que peor convenía a la poesía de Góngora: oscura. No oscuridad: sí dificultad. Pero, tras esas dificultades, la más rutilante iluminación, el más intenso, el más nutrido acopio de temas de belleza.

Las metáforas, pues, tienen sentido, y tras las alegorías se esconde un secreto poético. Es el caso de Estrada. He aquí la primera estrofa de *Crucero*:

Nunca presente, más tan cerca acaso,
que apenas presentida ya es presencia,
y el sólo imaginar borra la ausencia
y marca, vivo en desear, el paso.

¿No se ve aquí a la voluntad indecisa luchar entre dos atracciones y desear, sólo desear, sin deshacer la antinomia? Más adelante nos dirá el poeta:

Así entre no querer y estar queriendo,
vacilación que no decide nada,
al caer de la tarde es alborada
y al alba noche que se está muriendo.

Pero su estilo será más claro todavía, sin dejar por eso de ser poético, en otro fragmento:

Afirmación que en negativa espera
no alcanza a definir fórmula cierta;
la intimida la puerta por abierta
y salta, por vedada, la barrera.

Donde ya llegamos a la cabal inteligencia de este trozo, en que la duda y la vacilación se hacen carne de poesía. Impresión que corrobora la estrofa final:

¡Ay, estéril urdir del pensamiento,
anuncio de esperanza sin fortuna,
fugacidad untada de la luna
que el cielo prende y arrebató el viento!

Este poema define la poesía de Estrada en su segundo momento. Es decir, en su estilo puramente metafórico. El poeta no hace aquí concesiones al sentido trivial de su lector. Se mueve en un terreno de dimensiones virtuales en que todo está sólo aludido y frecuentemente disfrazado tras la metáfora. Lo curioso de este segundo momento o estilo es que el poeta no persigue ya en él la brillantez de imágenes que era su norte, o uno de sus nortes, en el primer momento. Su poesía es ya poesía de conceptos, de palabras puras. ¿Es por eso menos poesía? No nos apresuremos a decretarlo. Muchos años de naturalismo literario nos han hecho ver valor artístico en lo que no parece propiamente estético. En el sentimiento, en la emoción comunicable. Vivimos en edad de pocos sentimientos y de sentimientos de sobria expresión. Sobre todo los sentimientos han abandonado el campo de la literatura. ¿No ha llegado André Gide a proclamar: «avec de beaux sentiments on fait des mauvais livres»? Y en la aparente paradoja advierte el sentido de nuestro tiempo una expresión profunda de verdad.

Esto, que puede parecer exacto en otros géneros literarios, seguramente no lo parecerá tanto en la poesía. Sin embargo, la poesía se ha racionalizado velozmente, a nuestra vista, en pocos años. Bien pocos hace todavía soportábamos, sin muchas protestas íntimas, la exageración del romántico y su gemido

animal. ¡Cómo nos avergüenza hoy esa complacencia! La poesía se eleva a medida que deja su lastre humano, como un liviano aerostato que se aligera de su arena.

En esta empresa de libertar a la poesía de lo humano,

cabe a Estrada una participación importante. Su

Crucero es un bello, un noble esfuerzo. Que

las tareas administrativas no roben el

poeta a la literatura es lo que de-

seamos sus admiradores.